

Elecciones generales: crónica reflexiva desde Cataluña

Antonio MARZAL*

INTRODUCCION

Me invita el director de la REVISTA DE FOMENTO SOCIAL a una reflexión común sobre los resultados de las elecciones generales de junio pasado. «Una perspectiva catalana», es lo que me ha dicho al teléfono. «Una perspectiva reflexiva, con tiempo por medio», me ha añadido. Sin tiempo yo, por el momento, en este verano de cultura europea que paraliza todo, he optado por la crónica rehecha de crónicas escritas al filo del momento. De ellas espero que pueda deducirse lo que en Cataluña y desde Cataluña parece como más relevante de los resultados aquí localizados.

Tres líneas de reflexión creo que se destacan:

1. El intento de lo que se llamó Operación Roca ha terminado electoralmente en fracaso. De nada sirve decir que, junto con Coalición Galega, han tenido un dos y pico por ciento. Un tanto por ciento que, si hubiera sido del PSOE, habría supuesto unos 10 escaños, lo que todo el mundo hubiese considerado como un cierto éxito. El combate político se ha hecho con unas determinadas reglas. Buenas o malas, pero con unas determinadas reglas.

Tampoco es una explicación decir que el resto de España ha rechazado a Cataluña. Sería excesiva esa subyacente apropiación de Cataluña. Y sería excesiva, por simple, como explicación de los hechos. Más cuentan, a mi juicio, las dificultades objetivas y subjetivas que encontró, para explicarse, el proyecto. Un proyecto seguramente no acabado, ni estructurado suficientemente. Que no contó objetivamente con los elementos concurrentes. Y que, subjetivamente, no encontró el género literario necesario para ser comprendido en relación con el voto, que para eso son, en definitiva, los proyectos.

2. La otra cara de ese intento es el triunfo de CiU en Cataluña. Por primera vez, en unas elecciones generales, no ha ganado lo que convencionalmente se llama la izquierda. (Los cuadros del anexo ayudarán a ver esto.) Posiblemente, eso es fruto de una cierta descatalanización del PSC-

* Profesor de ESADE (Barcelona).

PSOE, por un lado, y, por otro, de una afirmación de un catalanismo no radical, ni siquiera emocionalmente, que consiguió la adhesión de sectores que, aquí en Cataluña, se interrogan sobre las ambigüedades de futuro de una afirmación nacionalista desbordante.

Pero el triunfo, mejor aún, esa dinámica creciente de triunfo (véanse los cuadros citados), cruzado con el fracaso de Roca fuera de Cataluña, abre nuevos interrogantes y nuevos problemas. ¿Seguirá siendo el proyecto de CiU un proyecto abierto a su cuota de responsabilidad española, o se replugará sobre sí mismo, prendido de un victimismo emocional y estéril? Esa es la gran pregunta. Pregunta sobre la que, paradójicamente, lo que domina, por parte de sus protagonistas y de sus antagonistas, es el silencio.

3. En todo caso, después de los resultados de esas elecciones, cambia bastante el mapa político español, no tanto en sus resultados como en los problemas que desvela. Problemas con un nombre: el *nacionalismo*. Cuando todo el mundo creía que el mapa político español estaba estabilizado, vuelve a surgir el tema de los nacionalismos como un problema no resuelto, aún pendiente. Broncamente en el País Vasco; interrogativamente en Cataluña. Pero de una manera u otra, lo que queda en claro es que sólo si se prescinde de los nacionalismos (y ya se ve qué puede pasar si se prescinde de ellos) el mapa electoral español es bipartidista. Pero como no es posible prescindir de ellos, habrá que introducir esa variable de una manera positiva y decidida en los datos de España como problema. A nivel político, de un modo inmediato. Y más a plazo, pero como condición necesaria para resolver en positivo lo político, a nivel cultural. Una cierta idea de España es lo que aquí está en juego. Una cierta idea de España sobre la que el PSOE —mal situado, sin duda, en ese tipo de problemas— guarda silencio, arrastrando consigo al PSC-PSOE, hoy también sumergido en un silencio sofocante, culturalmente vergonzoso y políticamente suicida o estéril. Mi crónica que sigue aquí —crónica hecha al filo del momento— termina sobre eso, sobre el problema de los silencios. Por eso le añado un final, un final reflexivo que pueda ayudar a salir del silencio.

1. EL RETO CATALAN «AL DIA SIGUIENTE»

No me hubiera gustado estar, la noche del domingo, en la piel de ellos. Ellos —ya lo habrá usted imaginado por el título, amigo lector— es CiU. Una CiU que en estas elecciones se presentaba con dos caras como Jano, una en Cataluña y otra en el resto de España. Dos caras cuya diversa identidad ha asumido y agudizado aún más el electorado español, haciendo de una la cara del triunfo y de otra la cara de la derrota. ¿Con cuál de las dos quedarse? Lo lógico, lo honesto es asumir ambas. Han tenido dos caras, o así lo ha entendido la gente. Y con una, los electores los han encumbrado, mientras que con la otra los han apaleado inmisericordemente.

No son ellos los únicos en tener que aguantar esa doble cara. El PSOE vencedor (vencedor claro en los resultados, vencedor más matizadamente en el proceso, el del triunfo de la esperanza al triunfo de una cierta resig-

nación) también ha tenido y tendrá que aguantar esa doble cara de los hechos. Ha logrado barrer esa pretensión de alternativa que CiU le presentaba en el resto de España, pero a costa de recibir un duro golpe en Cataluña. Un duro golpe relativo, pero muy claro ahora. Un golpe más duro aún para el futuro, por los efectos retardados e incontrolables que se puedan deducir razonablemente de todo esto. La víctima directa es el PSC, pero el PSOE tampoco puede eludirlo como si fuera un incidente. Esa aparentemente fácil tentación de ver en esto sólo un incidente se la hace muy difícil un problema que ha sido el «invitado inesperado» (si se me permite la frase de Fourastié) de estas elecciones, el de los nacionalismos. Los nacionalismos históricos se le resisten al PSOE. En el País Vasco, donde ha triunfado la dimensión más radical del nacionalismo vasco, arrastrando incluso al PNV, con el que parecía descansar en esta legislatura el PSOE con su pacto. Y en Cataluña, donde el «statu quo» parece romperse, pudiendo salir de ello cosas buenas o malas, pero imprevisibles. Y en política lo peor es lo imprevisible.

¿Qué es lo que puede salir en Cataluña de todo esto? No es fácil predecirlo. Habrá que estar muy a la expectativa de los hechos que se vayan sucediendo. Pero en septiembre del año pasado yo predije un escenario para la «Operación Roca», que sería, a mi juicio, el peor de los escenarios posibles y que es el que se ha realizado de hecho. Triunfo en Cataluña (un real y posiblemente duradero triunfo, a juzgar por la dinámica electoral catalana) y fracaso en el resto de España (un fracaso radical e inmisericorde, sin el gol del honor siquiera; uno de esos fracasos de los que es extraordinariamente difícil recuperarse, dada la escenografía de la operación misma). ¿Consecuencia posible de ello? Los elementos más nostálgicos de CiU (que los tiene y muchos) podrían querer pasar ahora la factura a la CiU más abierta. «Es inútil salir a España», dirán, con ahistóricos ejemplos históricos al canto. «Allí fracasamos siempre y aquí triunfamos. Nosotros, a nuestros problemas. Que ellos cojan los suyos; no tenemos nada que ver con ellos.»

Si esa fuera la reacción —y podría serlo—, la «Operación Roca» habría sido bastante más negativa que positiva en sus resultados. Es posible pensar que no sucederá eso. Es posible pensar que aquí —contrariamente a los del País Vasco— ERC ha desaparecido absorbida por el único nacionalismo que un pueblo mediterráneo defenderá siempre en los hechos. Es posible... Pero también es posible lo contrario. Habrá que estar muy atento a los hechos. CiU ha asumido —a gusto o a disgusto, no lo sé— responsabilidades muy concretas. Y sería grave que, una vez convertido el riesgo en fracaso, se revelara mala pagadora de sus propios proyectos.

Roca se ha echado honradamente la culpa. Pero no tiene —creo— todas las culpas él. Yo ya escribí otro día —hace también mucho tiempo, más de un año— que en la «Operación Roca» éste era el arquitecto, el ingeniero, y Suárez, el líder, el símbolo. No fue así. No pudo ser así, probablemente por culpa (legítima) de Suárez y no de Roca. Hoy Suárez estará contento. Ilusionadamente contento. Ilusionada o ilusamente, que en castellano ilusión significa las dos cosas. Porque el triunfo indudable de Suárez es también un triunfo de doble cara. Diecinueve escaños en vez de dos. Pero diecinueve, en definitiva, y sólo uno más que CiU en Cataluña.

No es demasiado para quien viene de donde viene. Un chocolatero cualquiera que conquista esa cuota de mercado triunfa con ella. Pero Suárez era la Nestlé. Y para ser la Nestlé su cuota no es como para echar las campanas al vuelo. Sobre todo si se le enfrenta con otra realidad que los sondeos previos a las elecciones (y luego las estimaciones de la propia noche del domingo) han tendido a hacernos olvidar, confundiéndonos: la «estabilidad» electoral de CP. El mapa político español no tiene salida con Fraga, pero no parece que se pueda hacer sin Fraga. Util o inútilmente. Pero ahí también los hechos son los hechos.

Con ellos, CiU vuelve al principio. CiU (o Roca) y Suárez están condenados a entenderse. Lo que no supieron hacer antes de las elecciones lo tendrán que hacer después de ellas. El atrayente lenguaje simbólico que ha enaltecido y levantado a Suárez tendrá que entenderse con la consistente carpintería real que CiU es y representa. A no ser que se quiera que el País Vasco y Cataluña campen indefinidamente por sus fueros. Porque los caminos para atrás nunca llevan al mismo sitio, más que en la geografía no humana. Para mí, el reto catalán (y el español) salido de las elecciones es éste. Nada más y nada menos que éste. (23-VI-86.)

2. BIPARTIDISMO Y NACIONALISMOS

Que las elecciones del 82 hicieran a España bipartidista, nunca me pareció verdadero. Que la hayan hecho las del 86, aún menos. Por razones distintas. Razones que son problemas.

El mapa político del 82 sólo aparentemente fue bipartidista. Más bipartidista lo fueron los de las elecciones del 77 y 79. UCD y PSOE formaban de verdad el «two parties system». Los demás eran sólo comparsa, el «acompañamiento» de aquellos dos platos únicos fuertes. El mapa salido del 82 dejó de ser eso. Estaba formado por un partido más que hegemónico (gracias más a D'Hont que a González) y por una coalición con escasas probabilidades de alternancia. El líder de la oposición fue su escenografía pintoresca.

El mapa salido del 86 es aún menos bipartidista. Y no por el bajón del PSOE, que, aun siendo real, no ha impedido el triunfo. De la resignación electoral, pero triunfo. Tampoco por Suárez, la «tercera fuerza». Con 19 escaños, todos son terceras fuerzas; es decir, ninguna fuerza.

Entonces, ¿por qué digo que este mapa electoral del 86 es aún menos bipartidista? Por los nacionalismos vasco y catalán. Dos nacionalismos no resueltos, o mal resueltos. Mientras se den (y ojalá siempre se den), España no será nunca bipartidista. La solución/aceptación de los nacionalismos lo impide. Lo de las dos Españas, reconciliadas o no, es cosa hoy vieja. Los nacionalismos nos remiten a una España plural, no dual, como el de la gramática griega.

El PSOE, en cuatro años de legislatura (absoluta y prepotente), no ha construido la España que comenzó a construir UCD. Yo diría que más bien ha destruido lo entonces construido. Mal servicio éste. HB es sólo el resultado de eso. Con lo que se demuestra que la alternativa real —en la

España real— al PNV no era el PSOE, sino el «otro» nacionalismo. Cada uno que cargue con sus culpas ahora.

En Cataluña podría pasar algo análogo. La alternativa catalana a CiU —yo lo escribí un día, hace ya tiempo— no es el PSC, sino el «otro» eventual tipo de nacionalismo. Afortunadamente —hasta ahora—, más que el PSC alternativa de CiU, está siendo CiU la alternativa del PSC. Por eso no se da aquí —aún— la salida vasca de los problemas. Pero cuando alguien se alegra del fracaso del PRD de Roca, yo me echo a temblar. Si Roca no existiera (o lo que Roca significa), habría que inventarlo. El PSOE no ha construido a España en estos cuatro años, orgulloso con su aparente bipartidismo. Las elecciones del 86, tampoco. Pero al menos han dejado al descubierto los problemas. La destrucción consumada por el PSOE. Tienen otra legislatura para reconstruir lo deshecho. (26-VI-86.)

3. SILENCIOS QUE OCULTAN PROBLEMAS

Hay dos silencios que preocupan gravemente en este período de necesaria reflexión poselectoral. Dos silencios de dos formaciones políticas hermanadas por un común resultado, el de haber sido ganadores y perdedores al tiempo. Me refiero a CiU, ganadora «aquí», perdedora «allí», y al PSC-PSOE, ganador «allí», perdedor «aquí».

Los segundos aceptarán esto último peor que los primeros. Pero no deja de ser verdad porque se resistan a aceptarlo. Por eso me preocupa su silencio. Lo que han dicho un Reventós o un Serra es —a pesar de sus largas palabras en páginas enteras de «La Vanguardia»— silencio. O, peor aún, ruido que no deja oír ni el silencio. Serra dice que han ganado aquí, pero no es verdad. Lo que sucede es que ha hablado después de las elecciones como si aún estuviera en ellas. Por eso ha dicho lo que ha dicho, ocultando los datos relevantes. Por ejemplo, la constancia en el ascenso de CiU (16,8 por 100, 16,1 por 100, 22,2 por 100 y 32,7 por 100, sólo en las elecciones generales, las que le habían sido siempre menos favorables). O, por ejemplo, el hecho real de que, por primera vez en unas elecciones generales, lo que convencionalmente llamamos la izquierda ha perdido la mayoría en Cataluña. Solé Tura y Ribó, cada uno por su lado, han subrayado, con honestidad intelectual y sabiduría política, este hecho. El PSC-PSOE, no ¿Por qué será? ¿Será que han abandonado definitivamente el hecho diferencial catalán y prefieren refugiarse en el triunfo arrollador del PSOE andaluz, más que madrileño?

Si es así, ese silencio es grave. El PSC-PSOE, que en el «Parlament» emula el catalanismo de cualquiera, tendría que decirnos —tendría, sobre todo, que decirse a sí mismo— cómo plantea ahora (ahora que está comprometido «allí» por un triunfo repetido) el tema aún pendiente de las competencias autonómicas «aquí», la otra cara de ese mismo problema que es la financiación hasta ahora asfixiante, y hasta ese vidrioso problema creado «allí», el de Pujol-Banca Catalana. No sólo por el bien de todos, sino por el bien de ellos. Hasta ahora, todo lo habían jugado a derribar a Pujol como el mal absoluto. Pero, paradójicamente, mientras más lo intentan, más encumbran a éste. El éxito de éste ha sido a costa de ellos. Harían bien en reflexionar sobre ello. Y decirnos qué piensan hacer con todo ello.

CiU también tendría que hablarnos. Ha salido al resto de España y ha vuelto sin éxito. Por las causas que sean. Pero esto es lo que deberían decirnos y decirse a sí mismos, que los éxitos internos podrían embotarla. Y, sobre todo, decirnos si ese fracaso lo ven sólo como un accidente de ruta o como un final, como un término. Una buena parte de su éxito aquí también se debe a ese intento. ¿Dejarán colgado ahora el intento?

Silencios, demasiados silencios, preocupantes silencios. Los hermanos separados podrían ocupar el verano en la reflexión y en alguna palabra que rompa esos silencios. (8-VII-86.)

4. FINAL: EL PSOE Y CATALUÑA

A la gente de mi generación directamente (y a las generaciones posteriores, de rechazo) nos ha marcado lo que se ha llamado «la cultura de los 60». Una cultura hecha de análisis innovadores y generosidades sin límites. Marcuse (que llenó el espacio político-cultural de los 60), Berkeley (que se agitó en el espacio de un campus sin límites), Berlín (en la frontera de dos sistemas del pasado), París (el París de «la cólera y la esperanza», en el título de un libro mío, que guillotiné, implacable, la policía, de la mano del TOP y seguramente de Fraga) fueron eso. Reflexión, generosidad, creatividad, movimiento, cambio. La descalificación de la sociedad de consumo fue su más concreto y feliz hallazgo. Y la puesta en cuestión del concepto occidental de progreso, su resultado último. De aquel Progreso con mayúscula, lineal y automático, que la Ilustración nos dejara como herencia persistente.

Vivida desde España —desde aquella España del franquismo de los 60, es decir, del franquismo tardío y, a su modo, opulento—, la conmoción cultural de los 60 fue la misma, pero, como no podía ser de otro modo, sus rasgos fueron aún más acusados, con la exageración de la caricatura incluso. Para nosotros, se trataba de pasar del arcaísmo franquista —tanto más arcaico cuanto más teñido estaba de la opulencia criticada— al alumbramiento, desde la denuncia de la sociedad de consumo, de las nuevas formas culturales y políticas, no alienantes, ni alineadas con el concepto occidental de Progreso, que se ponían en cuestión.

Dos formas nuevas se revelaron y aparecieron —a ellos y a nosotros— como el recambio de todo lo denunciado y de todo lo viejo. Una, el socialismo como alternativa directa de aquel Progreso nacido capitalista. Llevaba esta forma —eso también es verdad— una cierta contradicción teórica, que sólo su simbología desbordante ocultaba. Incluso en Francia. El socialismo marxista —y mayo del 68 se presentaba como hijo de Marx— era tan hijo de la Ilustración y del concepto occidental de Progreso como el liberalismo. En términos reales, aquel mayo del 68 tenía que ser el canto de cisne del marxismo, como su punto máximo de esplendor que ocultaba su máxima inminente caída. «La venganza histórica» de Marx por parte de los socialistas premarxistas disfrazados inconscientemente de Marx, tal como escribió entonces Dominique Desanti. Los «nuevos filósofos» y los «nuevos economistas» que surgieron pronto en Francia, fueron eso. Tachados allí de «gauchistes repentis», sólo eran una especie de Aufhebung hegeliana de su primer estadio cultural «fuera de sí».

En España no aparecieron, ni podían aparecer, gentes de este tipo. Viviendo culturalmente en el franquismo —y, en más de un aspecto, también del franquismo— era casi imposible que la descalificación de la sociedad de consumo y su crítica del concepto occidental de Progreso permitiera ver, como en otros sitios, que el socialismo científico proclamado como alternativa era tan inadecuado como el liberalismo para la nueva alternativa proclamada con tanto entusiasmo emocional y analítico. Conclusión: el PSOE que renacería posteriormente, aún entre los rescoldos dejados por las llamaradas de los 60, se proclamaba a sí mismo, en la mediocridad cultural de Suresnes, la alternativa. Muerto el franquismo, ellos serían la alternativa anunciada. ¿Con los votos, sobre todo, de Andalucía y Extremadura, sin espacio cultural para Marcuse? Qué importa eso. En el juego simbólico y desbordante de las imágenes entonces creadas, ellos son —o así les parece— los hijos de los 60. La alternativa.

La otra forma —ésta sí que nueva— que se reveló en la conmoción cultural de los 60 como el recambio fue el otro modo de ser colectivo cultural y político, no uniforme y centralista. Los 60 fueron el triunfo de la emocionalidad arracional de lo diferente sobre la Razón sistémica y automática del Todo. Nietzsche sobre Hegel. Zarathustra que baila sobre el Logos normativo. Las diferencias («black is beautiful»), lo pequeño («small is beautiful»), otro tipo de convivencialidad humana, los nacionalismos, las autonomías.

Esa otra forma de recambio a la crítica del concepto occidental de Progreso (que fue quizá lo más profundo y lo más fecundo de aquella conmoción de los 60), en España prendió con más facilidad que en otras partes, dado el humus del franquismo (el arcaísmo opulento y centralista) en el que echaba sus raíces la planta de nuestra vida colectiva. Pero —por las razones ya apuntadas— confundimos e identificamos acríticamente esta otra forma de recambio con la primera, como si fueran expresiones idénticas de una común crítica. Los hijos del PNV se hicieron, con facilidad, marxistas-leninistas a la albanesa. Y, en Cataluña, los hijos de los burgueses nacionalistas se dejaron prender —con el dulce encanto de una burguesía perenne— por la emoción simbólica de que para ser catalanes había que ser socialistas. Convergencia, Reagrupament, Congrès, PSC o PSOE, fue todo —pretendió ser todo— lo mismo. El recambio a la crítica de la sociedad de consumo uniformizante, al concepto occidental de progreso automático y centralista. La alternativa.

A dos décadas de todo aquello, ¿qué queda? Culturalmente, muchas cosas, no todas previstas ni todas deseadas. Políticamente, por un lado, el PSOE y, por otro, Cataluña. Dos formas culturales de entender la vida política, salidas de los paradigmas culturales creados por los años 60. Una, del pasado (el PSOE), y otra, del futuro (Cataluña). Si los votos responden un día a la cultura que dejaron entre nosotros los años 60 (directamente en unos, de rechazo en las generaciones posteriores), el PSOE cederá ante Cataluña, el Todo de Hegel ante la convivencialidad del niño de Nietzsche, el Logos uniformizador del Progreso moderno, ante la posmodernidad de los pueblos que bailan como Zarathustra. Esto es lo que en el fondo está, culturalmente, en juego en las dificultades políticas con que se debaten, en la actual España, las relaciones entre el PSOE y Cataluña. Esto es lo que los resultados de las últimas elecciones en Cataluña desvelan. (11-VII-86.)

5. ANEXO

Cuadro 1
Elecciones generales en Cataluña

	1977	1979	1982	1986
PSC-PSOE	28,4	29,2	45,2	40
CiU	16,8(1)	16,1	22,2	32,7
PSUC	18,2	17,1	4,6	3,8(2)
UDC(3)	16,8	19,0	—	—
UCDCC(4)	5,6	—	—	—
CDS	—	—	—	4,1
AP(5)	3,5	3,6	14,5	11,7
ERC	4,5	4,1	4,0	2,7
Otros	4,6	8,8	7,9	5

Notas:

- (1) Pacte Democràtic per Catalunya.
- (2) Unió de l'Esquerra.
- (3) Centristes de Catalunya-UCD.
- (4) Unió del Centre i de la Democràcia Cristiana de Catalunya.
- (5) Coalición Democrática, Coalición Popular.

Cuadro 2
El voto en Cataluña
(% sobre votos emitidos)

Partidos	Legislat. 15-7-77	Legislat. 1-3-79	Municip. 3-4-79	Auton. 20-3-80	Legislat. 28-10-82	Municip. 8-5-83	Auton. 29-4-84
PSC (PSC-PSOE)	28,4	29,2	26,8	22,3	45,2	39,3	30,0
CiU	16,8	16,1	18,9	27,7	22,2	24,8	46,6
CP (AP-PDP-PL)	3,5	3,6	1,2	—	14,5	9,3	7,7
UEC (PSUC-ENE)	18,2	17,1	20,2	18,7	4,6	11,2	5,6
ERC	4,5	4,1	3,9	8,9	4,0	2,9	4,4